**PALÍNDROMO I**

El asesino del rap

Carlos A. Felipe Martell

¿Es la vida un palíndromo?

Ocurre que, si bien la vida es un segmento acotado (tanto inferior como superiormente) por la inexistencia, sin embargo, no puede leerse al revés, porque sus baches son irreversibles.

Definiciones palindrómicas de “*palíndromo*”:

***El bis reversible***

***Al revés, a él léase, verla***

***Acote ralo, cada cola retoca***

***¡Eh! Cabecera-cola tal, o carece bache***

***Yo defino, repita a ti, pero ni fe doy***

***Sarta origino,***

***yo digo,***

***cerrado rodar,***

***recogido yo,***

***ni giro atrás***

*A Isaac*

**PARTES Y CAPÍTULOS**

Ese **CERO** a ese trece remita, a ti merecerte sea o récese 7

**PARTE et rap 9**

**UNO** a la ONU 26

A **DOS** para la rapsoda 36

**PARTE letra P 49**

Supe de **TRES**, otro por toserte de pus 62

Al amainar, **CUATRO** pasos aporta Ucrania mala 83

**La mala PARTE trápala, mal 101**

Saja, ni toc ni cloc, a la col **CINCO** tinajas 127

Si es oca saco **SEIS** 143

**La tetra PARTE tal 161**

Sal **SIETE** islas 177

¡Oh! Con IPC año cero memore coñac Pin**OCHO** 197

**Su PARTE de “trapus”… 213**

O ir a las **NUEVE** se ve un salario 241

Dad, Ivana, lee **DIEZ** e idee la Navidad 262

**… o PARTE de trapo 285**

**ONCE** tecno 314

Acaso **DOCE** recodos acá 328

Ese cero a ese **TRECE** remita, a ti merecerte sea o récese 341

Ese **CERO** a ese trece remita, a ti merecerte sea o récese

***Febrero 1993***

*Santa Cruz de Tenerife*

Amanece, y emanan sus deseos, sus miedos y sus sentimientos.

Cuando el director apretó el interruptor, la ruidosa señal acústica del “Instituto de Enseñanza Secundaria Poeta Viana” terminó de despertar a los aletargados alumnos que entraban para enfrentarse a una jornada escolar más, la rutina de cada día. Había amanecido un día caluroso, en pleno mes de febrero, y las dos adolescentes, a sus trece años, sentían emanar los primeros ardores de la pubertad, consecuencia de unas incontrolables y revueltas hormonas. Ambas, Susana e Ivana, cuchicheaban en la puerta de entrada, señalando y mirando a los chicos más apuestos y, sobre todo, a los que, por algún inexplicable proceso de selección aleatoria, habían logrado ponerse de moda, y sólo tenían que esperar a que las niñas más guapas y espabiladas se los rifasen.

Eran los primeros escarceos amorosos, donde cada una le confiaba a la otra qué chico le gustaba más, comprometiéndose a sellar un pacto sobre la inviolabilidad de sus secretos más trascendentales. Encaraban la edad perfecta, merecían amar y ser amadas para sacarle partido a la juventud.

Desde dentro de su coche, en la otra esquina de la calle, Jorge Nara, que acababa de dejarlas allí, las observaba furtivamente. Ivana se dio cuenta de su presencia y, sobre todo, de su inquietante mirada. ¿Por qué no se había marchado aún? La joven se sonrojó. El policía municipal, de treinta años de edad, arrancó su vehículo rumbo hacia su trabajo, en San Cristóbal de La Laguna.

***Palíndromo:***

***Se roe por amanecer emanar, Ivana, Susana, viran a “merecen amar” o peor es***

**PARTE et rap**

***Enero 2012***

*TF-5 (Autopista del Norte), Tenerife*

Posiblemente estaba rozando una situación de desacato a la autoridad. Como mínimo, era consciente de que la pareja de guardias civiles de Tráfico estaba tensa e incómoda como consecuencia de su burlona sonrisa, que exhibía con descarado pitorreo. Pero lo cierto era que Susana, de pie junto a su vehículo de gasoil y tambaleándose como un tentetieso, no se sentía capaz de soplar. Cuando los miraba a la cara, le entraba la risa tonta y le costaba disimular.

— ¿Qué dice usted que haga, agente?

— ¡Haga el favor de soplar de una vez!

Susana trataba de ganar tiempo, aguantando la risa, para evitar estallar. Cuando su cabeza se serenase, soplaría y todo terminaría, para bien o para mal. El problema consistía en que, tal vez por su estado de embriaguez, le parecía morbosa y ridícula aquella situación: ¡un guardia civil le ofrecía el aparato y la obligaba a metérselo en la boca!

— Ya voy…

Hizo acopio de fortaleza y se llevó el pitorro a la boca, dispuesta a cumplir la orden, pero, nada más rozarlo con los labios, tuvo que retirarlo y taparse la boca con la mano para frenar la carcajada, ante la impaciencia de su interlocutor. Avergonzada por su falta de control, bajó la mirada hacia su falda, aguantando la risa, pero enseguida se dio cuenta de que mirarse la entrepierna era un error porque, lejos de aislarlo, su calenturienta mente intensificaba el matiz sexual de la situación.

— No… ¡Ja, ja, ja!... puedo…

— ¡O se controla o nos veremos obligados a pedirle que nos acompañe!

— De acuerdo. Creo que ya puedo hacerlo.

¡Era el momento! No volvería a reírse, porque se le ocurrió que la ridícula era ella, no la situación en sí. Por lo menos, pensaría eso mientras soplaba, y no metería más la pata. Agarró con ambas manos la boquilla, se esforzó en evitar identificarla con un pene y comenzó a soplar.

El guardia civil la observaba atentamente. Y su compañero… ¿qué estaba haciendo? Con el tubo dentro de la boca, Susana lo miró. Se encontraba de pie, observando el paso de los coches por la autopista, muy estirado y con unas piernas extremadamente delgadas. Observó su estrecho y apergaminado pantalón de tergal y concluyó que era igual que los leotardos de una tuna universitaria. Y ese culo tan apretado… “*¡Joder con el picoleto!*” ¡Esto era demasiado! Dejó caer la boquilla y empezó a carcajearse a pleno pulmón, sin contenerse, ante la atónita mirada de su “carcelero”. El otro ni siquiera se inmutó, lo que redobló el festejo de Susana, quien lo imaginaba tocando la pandereta con un tricornio y un traje verde de tuno, dando saltitos al compás, con un semblante circunspecto.

— ¡Me cago en…! —se le escapó al agente que tenía a su lado—. Señorita, será mejor que nos acompañe al furgón policial —añadió, tratando de mantener la calma.

Sentía dolor en la zona abdominal (como consecuencia de las contracciones generadas por las risotadas) y tuvo que agacharse para mitigarlo, pero no podía parar de reír. Desde el carril de deceleración en que se encontraban, cerca del municipio de La Matanza (en la cara norte de Tenerife), Susana vio (antes que los agentes), a lo lejos, un vehículo que se acercaba a gran velocidad por la autopista.

Ambos agentes la intentaban sujetar por los brazos para incorporarla e invitarla a acompañarlos, pero notaron que los músculos de la joven se tensaron y su risa se esfumó, de sopetón, dejando un vacío repentino en el ambiente. Susana parecía contener la respiración, y tenía la mirada clavada en un punto de la autopista; instintivamente, ambos enfocaron hacia allí.

\*\*

Ivana soñaba que ella y su hermana giraban en el tiovivo del Parque de Atracciones temporal, que habían acomodado en la explanada adyacente a la Avenida Marítima, en Santa Cruz de La Palma. Ale tenía entonces seis años, y ella quince. Fue en las Fiestas Lustrales de la Bajada de la Virgen del noventa y cinco, cuando habían viajado a la “isla bonita” con sus tíos. En el sueño, el tiovivo giraba cada vez más aprisa, exponencialmente, e Ivana supo que algo iba mal. El agitado movimiento la zarandeó, y ella despertó, volviendo a la realidad. El BMW en que viajaba parecía fuera de control, zigzagueante; sin estar segura de haberse despertado del todo, observó, a través de la luna delantera, que la línea central de la autopista no se mantenía constante a la izquierda del coche. Giró la cabeza hacia el asiento del conductor para ver qué estaba ocurriendo.

— ¡Ricky! —gritó de terror.

Su marido, supuestamente al volante, yacía inconsciente a su lado, sin despegar el pie del acelerador. En décimas de segundo, Ivana vio un automóvil gris, guiado por un rostro aterrado y descompuesto, que los adelantaba por el arcén con mucha dificultad; y, ante ellos, un motorista haciendo eses, como intentando adivinar (y esquivar) la trayectoria de Ricky para evitar así la colisión.

Instintivamente, Ivana se quitó el cinturón de seguridad, levantó la pierna izquierda e, incorporándose, la arrojó impetuosamente contra el pedal de freno.

\*\*

Susana y los agentes sabían que el motorista, quien llevaba apenas unos metros de ventaja al BMW, no podía prever los aleatorios bandazos y cambios de dirección del coche, por lo que, si no lograba acelerar más, su destino iba a ser rubricado por el azar. Oyeron un chirrido estridente, procedente del roce de los neumáticos con el asfalto, al frenar el BMW y comenzar el impreciso derrape. Los diferentes conductores que venían por detrás, aunque en las milésimas anteriores habían tratado de tomar precauciones (incrementando la distancia de separación con el BMW), tuvieron que frenar bruscamente, generando una estrepitosa colisión en masa. Un Citroen rojo no pudo esquivar el frenazo de Ivana y chocó contra la parte trasera del descontrolado automóvil.

El BMW describió una trayectoria lineal, pero desplazándose de costado. Con una violencia que sobrecogió a Susana, impactó contra la motocicleta y el motero fue despedido por los aires, cayendo su cuerpo y rotando como un trompo hacia la zona central de la autopista. Al llegar a la mediana, pasó por debajo del guardarraíl y su brazo derecho quedó allí, cercenado; el resto del cuerpo acabó en las vías de sentido contrario, donde dos vehículos le pasaron por encima, generando otro caos paralelo.

La moto se desplazó hacia adelante, pero el BMW enfiló hacia Susana y sus acompañantes. Petrificada, tuvo que ser empujada y arrastrada a lo largo del carril de deceleración, pero tropezó y los tres cayeron al suelo. El vehículo se les acercaba rápidamente.

¡Por culpa del alcohol! Susana se había metido en un gran lío; lo único que ella había pretendido era agradar a los policías para que le dejasen arrancar su coche de gasoil y marcharse. Pero ahora… ¡estaba a punto de ser arrollada!

El guardia civil de la tuna universitaria fue quien tiró de la joven cuando el coche colisionó contra el muro de contención, a su lado, y rebotó, desplazándose unos metros hacia ellos. Cuando una lluvia de cristales le cayó encima, perdió el conocimiento. Pero había salvado la vida por escasos metros. Gracias a la Guardia Civil. Aunque, claro, también era cierto que estaba en el lugar de la tragedia por culpa de la Guardia Civil. No, no era cierto; estaba allí por haber bebido más de la cuenta para celebrar que había conseguido un trabajo.

***Palíndromo:***

***Líos: Agradar a poli, dilo, para dar gasoil***

*Aula Veranos, Taco*

La joven Alejandra, con tan sólo veintidós años, era una auténtica promesa (a nivel nacional) como confeccionadora de crucigramas, anagramas y pasatiempos de todo tipo. Su editor, aunque muy modesto, tenía una fe ciega en ella, y en más de una ocasión había arriesgado editando tiradas largas y colocándolas en el mercado. Los resultados no siempre habían sido buenos, pero podría considerarse que la balanza de pérdidas y ganancias, con Ale, estaba equilibrada. Su talento era genético, heredado de su padre, Waldo, quien había sido un auténtico profesional del pasatiempo y uno de los más agudos e ingeniosos constructores de palíndromos. Hacía varios años que Waldo había publicado, a través de una agencia editorial, un manual titulado *Claves para elaborar criptogramas*, justo unos meses después de que dicha agencia le desestimara un primer intento de publicación con su obra *Pasatiempos encriptados*. Mientras saboreaba un café, Alejandra recordaba la atrevida y licenciosa carta que, su padre, adjuntó al manuscrito para tratar de sorprender, con ella, al agente editorial.

*Estimados señores:*

*La desestimación por parte de vuestra agencia de mi primera obra, “Pasatiempos encriptados”, me hizo sentir estafado. No por vosotros, claro, sino por mis propias expectativas. Supongo que es el síndrome de todo escritor novel. Aunque la “moda” actual “borra” casi toda posibilidad de dar salida a escritores noveles, aún así, someto mi obra para ver “si le dan bola”.*

***Palíndromo 1 (al agente editorial):***

***La moda borró tu ala acá; someto mi tal obra, debe dar bola, timo temo, saca al autor robado, mal***

*A pesar de todo, la desestimación no me ha desmotivado para intentarlo de nuevo con “Claves para elaborar criptogramas”; no he talado el árbol de la ilusión, al contrario, lo he abonado.*

***Palíndromo 2 (al agente editorial):***

***Ni famosa es la ruta ni me dejé árbol atrás, atara para tasar tal obra, eje de mi natural “se asoma fin”***

Alejandra estaba con Julieta (la vecinita de diez años para la que trabajaba de canguro) en el pequeño habitáculo trasero de la planta superior del “Aula Veranos”, donde solía encerrarse para intensificar su concentración. Tenía que terminar el “Cuaderno de Pasatiempos Extra” de enero antes de que su editor perdiera la paciencia. “No me hagas coger nervios”, solía decirle él cuando se retrasaba.

Ya eran las ocho de la noche. Alejandra introdujo la mano derecha por el escote de su top y extrajo la cadena que rodeaba su cuello, de la que colgaba su amuleto de placer bucal. Se trataba de una pequeña piedra caliza, que conservaba desde niña, y que le proporcionaba mayor placer que un chute de heroína o que una fantasía sexual con orgasmo incorporado. La acercó a la boca y, con la lengua, lamió y saboreó la cal. Sus amistades solían decirle que era una manía suya, y que ya se le pasaría al desprenderse de la piedra. Alejandra sabía que no se trataba de eso, porque un tic nervioso (o algo similar) era una defensa del organismo para calmar (engañosamente) la ansiedad, pero no daba gustito.

— ¿Por qué estás temblando, Ale? —preguntó Julieta.

— Tengo frío.

Se levantó y cogió su capa de color mostaza, que descansaba en el respaldo de una silla de mimbre que hacía las veces de ropero (para albergar las prendas de “quita y pon” de los visitantes del “Aula Veranos”), ya que estaba bastante desvencijada y, además, cojeaba, por lo que, sentarse en ella, conllevaba un riesgo innecesario de accidente.

Ocho y quince minutos. A través de las ventanas se filtraba el tenue eco de la invasiva noche. ¿Por qué todavía su hermana no había venido a buscarla? Tendría que llamar a los padres de Julieta para que se encargaran de recogerla. Ella se quedaría esperando a Ivana.

***Palíndromo:***

***¡Eh! Conoce eco noche***

*Hospital Universitario de Canarias*

Susana despertó en la Sala de Urgencias del Hospital Universitario de Canarias. Se encontraba mareada y le dolía mucho la cabeza, lo que le impedía pensar con claridad. Estaba tumbada en una dura e incómoda camilla, en un recinto muy estrecho, limitado por tres paredes y una cortina de color garbanzo. Trató de incorporarse, pero el martilleo dentro de su cráneo se lo impidió. El acné que salpicaba estratégicamente su rostro (que, curiosamente, lo hacía muy atractivo) le estaba picando, pero, para evitar que enrojeciera y se extendiera, no pensaba rascarse.

La realidad la asaltó en forma de fotogramas consecutivos: trabajo, alcohol, Guardia Civil y… ¡Una pesadilla! Se llegó a plantear si estaba soñando o si estaba muerta por atropello. Tras unos minutos de reflexión, comprendió que todo era real. Una enfermera abrió enérgicamente la cortina y, tras poner cara de sorpresa al verla despierta, le dirigió una explosiva sonrisa.

— Me alegro de que hayas despertado.

— ¿Cuánto tiempo llevo…?

La enfermera consultó un reloj blanco y barato que había en la pared (aspirando, sin éxito, a decorarla). Marcaba las once cincuenta.

— Pues… unas tres o cuatro horas. ¿Recuerdas el accidente?

— Sí —respondió Susana, muy a su pesar—. ¿Puedo marcharme?

— Te haremos una prueba toxicológica y te marcharás. Lo siento, pero la Guardia Civil la ha solicitado. Aunque tal vez tengas suerte y se olviden de ti, después de la que se ha liado en la autopista. Creo que lo único que tienes tú es un resacón de campeonato. ¿Has caído en la bebida o esto ha sido excepcional? —trató de bromear.

— No, hacía tiempo que lo había dejado gracias a “Alcohólicos Anónimos”, pero hoy he recaído —dijo Susana, también en broma, tratando de sonreír—. ¿Qué ocurrió? Me refiero al accidente.

— Bueno, han fallecido dos personas. Justo en la planta de arriba hay dos familias viviendo una tragedia.

— ¡Qué horror!

— ¿Tienes náuseas?

— No… Bueno, sí, un poco, pero lo controlo.

— Bien, mañana tendrás que regresar al hospital para que firmes la autorización de la analítica y contestes a un par de preguntas; estará la Guardia Civil. Será mejor que hables con ellos aquí, y no en el cuartelillo. Hoy están muy ocupados con el accidente.

— ¿Y si me niego a firmar? —preguntó Susana.

La enfermera la miró, divertida, con cara de complicidad.

— Yo que tú lo consultaría con un abogado. Si logras eludir la prueba de alcoholemia, no te retirarán el carnet —dijo, guiñando el ojo derecho.

— ¿Puedo irme ya?

— Descansa unos minutos mientras voy preparando el papeleo y te extraigo la sangre. Tu nombre completo es…

— Susana Mesa Serafín. Por cierto, ¿y mi coche?

— La Guardia Civil se ha encargado de él. Ya te lo devolverán, Susana Mesa Serafín.

— ¡Qué amables! —rió, recordando cómo un agente bailaba con la pandereta mientras el otro le hacía proposiciones indecentes.

***Palíndromo:***

***Se decae su anonadar, recaí, resaca seria cerrada, no náusea cedes***

*Océano Atlántico, LN 19° - LO 19°*

La bandera ucraniana del carguero *Lyaksandra* ondeaba orgullosa por el Atlántico, a su paso frente a la costa de Mauritania, a diecinueve grados de latitud norte y diecinueve grados de longitud oeste, a punto de atravesar las aguas que separaban el continente del archipiélago de Cabo Verde. El viejo (pero remodelado) barco pertenecía a una ONG internacional, la FWIB, siglas de “Food Without International Borders” (alimentos sin barreras internacionales). El fundamento de la FWIB consistía en que “la comida sobrante o la que alguna institución (o país), generosamente, quiera donar, no acabará en la basura si alguien puede impedirlo”. Y ese alguien era la FWIB. A grandes líneas, su labor consistía en transportar masivas cantidades de alimentos desde un “punto origen” hasta un “punto final”, haciendo escalas en “varios puntos receptores”, mediante unos compromisos que facilitaban al donante una salida cómoda y gratuita para sus excedentes y/o una recompensa espiritual a su dadivosidad; y al receptor le permitía la adquisición de productos a muy bajo precio. Así, la FWIB se financiaba (amén de varias ayudas públicas y privadas) básicamente de la venta de un producto que había comprado a precio cero. Receptor y donante (que podían formar parte de la propia ONG o no), además, solían contar con ayudas gubernamentales (en sus correspondientes países) gracias a la labor social que desempeñaban. El Gran Compromiso radicaba en asegurar cada línea comercial de forma indefinida, y siempre entre los mismos dos puntos concretos, y con las mismas escalas.

La específica misión del *Lyaksandra* consistía en llevar pescado congelado, desde Japón, para surtir a diferentes puntos de las zonas asiática y africana, terminando habitualmente su recorrido en las Azores, aunque, una de cada tres travesías, en lugar de virar al noroeste, cruzaba el estrecho de Gibraltar y se internaba en aguas mediterráneas hasta Cerdeña. A su vez, en cada puerto de escala obtenía otros alimentos gratuitos para repartir a lo largo de su trayecto. A su paso por el Atlántico, el *Lyaksandra* recalaba en Canarias, proporcionando pescado congelado a varios centros benéficos y geriátricos de las islas. Así que, para la función que desempeñaba, el nombre del buque mercante le venía que ni pintado, pues ese nombre de mujer, de origen griego, significaba algo así como “defensa de la humanidad”.

En la zona de depósito provisional de mercadería, tumbados encima de un palé de madera hinchado por la humedad, Yaroslav y Kazimir fumaban sendos cigarrillos americanos de la cajetilla que Kazimir acababa de ganarle a un oficial en la matutina partida de póker. El bielorruso solía ganar un setenta por ciento de las partidas, y sus contrincantes lo achacaban a que era un magnífico jugador. Sólo Yaroslav sabía la verdad: Kazimir era un magnífico tramposo; tan magnífico que se dejaba ganar un treinta por ciento de las veces, para disimular. Ambos llevaban una camiseta de asillas y unos pantalones de lona azul (los de Yaroslav tenían unos tirantes incorporados).

— ¿Te has puesto crema solar? —preguntó el ucraniano.

— No. Pásame la tuya, que no me queda.

— ¡Maldito gorrón…!

— ¿Gorrón? ¿Lo dices tú, que te estás fumando uno de mis cigarros?

— ¿“Tus” cigarros? Vamos juntos en esto. Tú ganas y yo no me chivo de las trampas que haces.

Kazimir se colocó la mano izquierda sobre la frente, a modo de visera, para defenderse del sol. Miró a un punto perdido del horizonte y disfrutó de las últimas caladas. Hacía unas cuantas horas que habían salido del Puerto de Santa Cruz de Tenerife. Esta vez no había sido el Puerto de la Luz; a veces descargaban en Gran Canaria y otras en Tenerife. Kazimir no entendía a qué se debía, pero suponía que era un acuerdo para que ambos puertos pudieran beneficiarse de las tasas de atraque. Lo más llamativo de aquella escala era que, no sólo se había hecho a la ida, sino también a la vuelta, y era la primera vez que el *Lyaksandra* recalaba en Canarias en su pesado regreso hacia el cabo de Buena Esperanza.

A sus treinta y ocho años, Yaroslav estaba considerado como un auténtico maniaco entre la tripulación. De joven solía meterse en todas las peleas de su barrio, y había pasado una buena temporada en una prisión de Ucrania, donde le habían asestado tres puñaladas en la pierna izquierda. Había quedado cojo para toda la vida. Por eso lo llamaban “el maniaco cojo”.

— Pareces preocupado, Kazimir. Llevas unos días… Demasiado pensativo te veo, ¿qué te ocurre?

— Estaba pensando en Donatello.

— ¿El chico italiano? —preguntó Yaroslav.

— A veces pienso mucho en él, quiero olvidarme, pero no lo consigo. ¿Tú no tienes miedo, Yaroslav? ¡Podríamos estar contaminados o acabar como pasto de los tiburones!

— ¿Vas a empezar otra vez con tus paranoias? ¡Podríamos, podríamos...! También podríamos cumplir con nuestro trabajo y seguir adelante. Olvídate de esos chismes que has escuchado e intenta concentrarte en tus tareas. Tu vida es maravillosamente simple, así que no la compliques.

— ¿Prefieres que mire hacia otro lado, como tú? Esos dos científicos miden frecuentemente los niveles de radiactividad del barco, ¿para qué te crees que están aquí, si no? —Kazimir parecía cada vez más alterado.

— ¡Baja la voz! —sugirió enérgicamente el ucraniano.

— ¿Ves? Tú también temes que nos puedan oír. ¿Cómo te explicas que, a partir de mayo, la cantidad de pescado que cargamos en Japón se haya multiplicado por diez? ¿De repente ha aumentado el número de donantes o es que los anteriores se han vuelto diez veces más generosos? Cada vez que salimos de allí, tengo la sensación de que nos vamos a hundir por sobrepeso.

Yaroslav dirigió una mirada profunda a su compañero. Él también estaba preocupado, pero prefería disimular, pensar en otra cosa y seguir adelante. Kazimir tenía razón, no dejaba de resultar sospechoso que, tras la crisis nuclear de marzo, en Japón, había aumentado la salida de pescado a través del *Lyaksandra*. Los rumores decían que, en apenas cinco semanas, se había creado una red internacional de contrabando, cuyos tentáculos habían atrapado al carguero ucraniano o, tal vez, a toda la FWIB, para comerciar con alimentos contaminados de baja radiación.

— Mira, Yaroslav. Lo que Donatello averiguó desde su puesto, en la cocina, pone los pelos de punta. Él estaba muy cerca de los oficiales y lo oyó todo. Dicen que el pescado está bien, se puede comer, pero el nivel de radiactividad roza el umbral mínimo de tolerancia y, seguramente, no conseguiría los permisos de salida del país. Lo confiscarían y se perdería. Es más seguro sacarlo clandestinamente a través de una ONG, porque los controles sanitarios son ligeramente más flexibles, y todo esto hace que se venda más pescado. Así se lucra más esta jodida organización sin ánimo de lucro.

— Y así nos pagan más a nosotros, Kazimir. ¿De qué te quejas? ¡Nos pagan muy bien!

— Se trata de Donatello. En vez de ser discreto, empezó a hacer preguntas a la tripulación. Dicen que es probable que se cayese al mar, pero estoy seguro de que lo empujaron. ¿Qué es peor? ¿Preguntar tus dudas y que te lancen al agua, o guardar silencio, esperando a que te salgan ocho dedos más, un cuerno en la frente o un tumor cerebral, por las radiaciones? En mi vida no he hecho más que recibir puñaladas, y ya estoy harto. Dime, ¿qué es peor?

— No lo sé, amigo —respondió Yaroslav, mientras saboreaba la última calada.

***Palíndromo:***

***Otra herida diré harto***

*Hospital Universitario de Canarias*

En la Administración del HUC, Susana terminó con el papeleo antes de la diez de la mañana del día siguiente al accidente. Finalmente, había decidido no firmar la autorización que daría valor legal al nivel de alcohol en sangre. Podrían retirarle el carnet de conducir, pero tendrían que pelearlo; ella no se los iba a entregar plastificado y en papel de regalo. Además, la Guardia Civil no se había personado a la hora indicada para interrogarla. La enfermera podría tener razón. Quizá se habían olvidado de ella, pues era un asunto menor comparado con el accidente mortal.

En los pasillos del hospital oyó decir que había fallecido un famoso rapero en un accidente de circulación. Pensó en el motorista, cuya vida se había apagado trágicamente ante ella de manera violenta. Quizá era un afamado cantante en pleno apogeo profesional. Entró en la cafetería y, tras pedir un café solo, se sentó en una de las pocas mesas libres. En una mesa contigua a la suya, una pareja charlaba tranquilamente, la chica dando la espalda a Susana y el chico de frente a ella, de forma que Susana se topaba con su rostro cada vez que la acompañante se movía un poco. En una de esas ocasiones, sus miradas se encontraron, y Susana no pudo menos que ruborizarse. Fue como si una indeseable flecha del cursi Cupido la hubiese alcanzado. Y, por su gesto, parecía que a él le ocurría algo similar. La muchacha que estaba a su lado se percató del interés de su “amigo” y, sin disimulo, giró la cara ciento ochenta grados, mirando directamente a Susana durante un par de segundos. Con descaro, Susana le retuvo la mirada.

Él era un hombre muy atractivo, tal vez de unos treinta y cuatro años (un par de años más que Susana). Llevaba el pelo largo, sedoso, totalmente desestructurado y con un flequillo que le tapaba parcialmente las cejas. Se levantó y se dirigió a la barra para abonar la consumición, lo que permitió a Susana fijarse en su trasero. Siempre se fijaba en los traseros de los hombres, era una auténtica fanática. No era el más moldeado y duro que había visto, pero tampoco estaba mal. Vestía un moderno pantalón vaquero desgastado, una camiseta corta de algodón con cuello redondo y botones superiores, y una chaqueta roja de cuadros. En los pies, unas botas marrones de cordones, desabrochados éstos y con una de las lengüetas por fuera del vaquero.

De la chica que tenía delante, había un par de detalles que sugerían una fuerte personalidad, amén de la forma tan directa e insolente de mirarla: iba rapada casi al cero, con llamativos tatuajes en ambos brazos (pues llevaba una camisa corta, ya que la chaqueta descansaba en la silla) y abundantes pírsines (y aretes) distribuidos por las orejas, nariz, labios y cejas. Cuando el chico volvió, ella se levantó para marcharse con él.

Al pasar a su lado, él volvió a mirar de reojo a Susana, como temiendo despedirse para siempre. Ella volvió a mirarla con desvergüenza, atravesándola con los ojos, y, exhibiendo su cortísima minifalda y unas kilométricas medias fucsia que se perdían en la entrepierna, le habló.

— ¿Susana?

La joven llevaba la mano izquierda vendada, y su cara, aparte de los pírsines, estaba surcada de magulladuras y moratones.

— ¿Nos conocemos? —preguntó, perpleja.

— Pero… ¿no me recuerdas? ¡Soy Ivana!

— ¿Ivana? ¿Es posible? Estás… muy cambiada. La última vez que te vi tenías el pelo muy largo y…

— Y unos cinco kilos más. Ahora estoy demasiado delgada. ¡Pero han pasado más de diez años! Cuando venía a Canarias de vacaciones, sólo estaba un par de días, para ver a mis padres, y luego me marchaba enseguida. Aunque ahora llevo viviendo aquí desde hace dos años. Sabes que me fui a estudiar a Sevilla, ¿verdad? Allí me casé y no regresé. Te presento a Raúl.

El hombre se acercó a Susana y le dio dos besos. Quedó embriagada por la fragancia de su perfume, con un ligero olor a madera de tea.

— ¿Es tu marido? Encantada. ¿Qué te ha pasado? Pareces herida —se interesó Susana.

— No, él… Es… muy triste. Ayer hemos tenido un accidente. Mi marido… ha muerto. —Una lágrima escapó de sus ojos, pero su mano la retiró, negándose a llorar—. Raúl es… era su hermano.

— ¡Oh! ¡Lo siento! —Susana se llevó la mano derecha a la boca—. ¿Cómo ha sido?

— Íbamos por la autopista, hacia el norte, yo estaba dormida y Ricky conducía. A la altura de La Matanza me desperté, y vi que Ricky había perdido el conocimiento y el control del coche. Frené, pero colisionamos y nos llevamos por delante a un motorista, que también ha muerto.

— ¿Qué? ¡Yo he sido testigo del accidente! ¡Estaba en el arcén cuando vuestro coche vino hacia mí! —dijo Susana, muy sorprendida—. El BMW tenía pinta de haber aguantado bien el impacto. ¿Cómo es que tu marido…? ¡A ti apenas te ha pasado nada! ¿No le funcionó el airbag?

— No tenemos ni idea —interrumpió Raúl, echándole una mano a su cuñada, a quien se le estaba formando un nudo en la garganta y casi no podía hablar—. De hecho, le están practicando la autopsia, porque tiene pinta de haber sufrido un infarto antes del accidente. ¿Qué hacías tú allí?

— Había bebido un par de copas para celebrar una oferta de trabajo en una peluquería, aunque hoy me han dado calabazas y le han dado el puesto a una pariente que les llegó de La Gomera. Pero ése es otro tema. Posiblemente me vieron hacer alguna maniobra rara y me paró la Guardia Civil en el carril de entrada a La Matanza. Los dos agentes estaban empeñados en hacerme la prueba de alcoholemia y retirarme el carnet. El accidente lo ha aplazado. ¡Ojalá estuviera sin carnet y no hubiera ocurrido esto!

— No se puede luchar contra el destino. No estoy muy seguro, pero… creo que hacerte la prueba en un carril de deceleración, y que sólo sean dos los agentes, no es muy reglamentario. Tal vez tengas suerte y no te pase nada.

Raúl quería ser agradable con ella. Ella escuchaba sus sosegadas palabras y se sentía envuelta y protegida por su voz. Se miraron unos instantes, hechizados. Ivana los observó.

— No has cambiado nada, eres igual que cuando estábamos estudiando. ¡Susana Mesa Serafín! Se sentó a mi lado todo el bachillerato —dijo Ivana, dirigiéndose a Raúl.

— Algo habré envejecido. ¿Sabes por qué me has reconocido tan rápido? Por los granitos de la cara. Esos sí que no han desaparecido.

— ¿Granitos? ¡Pero si parecen pecas! —dijo el complaciente Raúl.

— Susana siempre tuvo la cara salpicada de acné, pero tan ligero y sugestivo que creo que, sin él, no sería tan atractiva.

A sus treinta y dos años, Susana vestía como en su época de estudiante, con vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas. Sólo iba variando el estilo de las chaquetas y cazadoras, tratando de adecuarlas a la moda imperante, pero mostraba una clara preferencia por las chaquetas vaqueras y las rebecas de punto. Su cabello, lacio, le caía sobre los hombros, y su cara, algo redondeada, resultaba compensada por el extraño acné y por una sonrisa estable. Vivía sola en un piso alquilado, en el centro de Santa Cruz, y le costaba muchísimo llegar a fin de mes. No había ido a la universidad, aunque terminó los estudios de bachiller e hizo un módulo de Peluquería. En su vida laboral hizo algunas prácticas como peluquera, pero nunca tuvo opción de ejercer seriamente la profesión. Tras sus experiencias como cajera de supermercado, dependiente en dos farmacias y en una tienda de ropa, y camarera en una sombría taberna (trabajos que turnaba con actividades de voluntariado en Cáritas Diocesanas y en la Cruz Roja), actualmente se dedicaba a trabajos domésticos (casi siempre en régimen de economía sumergida), bien fuera cuidando niños o limpiando casas. Mientras, esperaba constantemente una llamada del INEM que pudiese colocarla en algo mejor remunerado, como aquella ilusionante (y, luego, decepcionante) peluquería.

— Dices que te casaste en Sevilla con su hermano —dijo Susana, señalando a Raúl—. Pero Raúl tiene acento canario. ¿No son sevillanos?

— No, somos de Lanzarote —se adelantó él—. Ricky también se fue a estudiar a Sevilla, y allí se conocieron, se casaron y se fueron a vivir a Motril. Regresaron en 2010 y crearon ese ruidoso grupo de rap.

— ¿Grupo de rap? ¿De qué hablas?

— ¿No lo sabes? Tu amiga y mi hermano son un referente actual en el rap canario. Desde que fundaron el grupo, han subido como la espuma. ¿No habías oído hablar de Ricky Roque ni de *Ajos y Soja*? Ya han grabado un disco, y los contratan asiduamente para diversas actuaciones.

— Ahora ya no va a ser lo mismo. Tendré que rehacer mi vida y empezar de nuevo. ¿Podemos comer juntas, Susana? ¡Quiero que me cuentes qué has hecho en todos estos años!

Camaleónica como su look, Ivana parecía haberse repuesto del shock. Ahora se atrevía, incluso, a sonreír. Su marido yacía en la cama de autopsias y, ella, ya estaba pensando en rehacer su vida. ¡Qué envidia le generaba a Susana esa capacidad para volver a levantarse!

***Palíndromo:***

***Agita freno, perece rapero, llore, parece reponer fatiga***